

# Comentarios

## Reflexiones sobre el 15 de septiembre

En los dos últimos días de la primera quincena de septiembre, distintos sectores de la sociedad salvadoreña ultimaban detalles para celebrar otro aniversario más de la independencia nacional que llevó a El Salvador a emanciparse políticamente de España. Los medios de comunicación aportaron lo suyo para crear un clima acorde con la fecha, particularmente con sus llamados para que la población adornara sus casas con la bandera nacional. Lo mismo hicieron las escuelas y colegios con sus interminables desfiles y marchas al ritmo de las bandas de guerra.

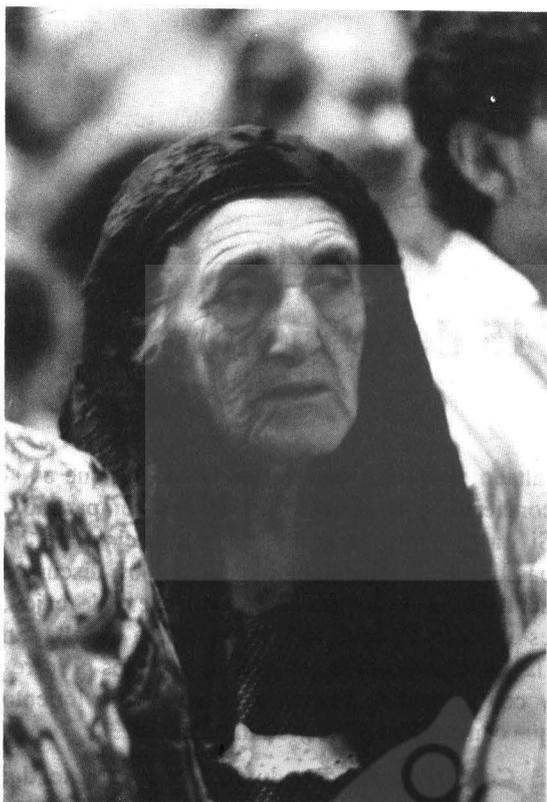
Para muchos, la efemérides no pasaría de ser una celebración como todas las habidas anteriormente. Es decir, una oportunidad para proclamar un fingido amor a la patria y un no menos fingido nacionalismo, después de lo cual volverían a sus actividades cotidianas, como si nada hubiese pasado. Para otros, en cambio, la conmemoración de la independencia no sólo debía significar algo distinto, sino que debía convertirse en una oportunidad para caer en la cuenta de los ingentes desafíos que inexorablemente tiene que enfrentar El Salvador, si pretende constituirse en una nación.

Justamente, este espíritu fue recogido en el editorial de *La Prensa Gráfica* del 15 de septiembre ("Hay que actualizar la independencia"), en el cual, entre otras cosas, se señala lo siguiente: "[en El Salvador] lo que no se ha desarrollado es el sentimiento comunitario, de seguro porque nuestro país nunca ha sido verdaderamente lo que se llama una comunidad nacional, porque ha

faltado el vínculo esencial de la nación, que es la conciencia y el ejercicio del destino compartido... Si hasta ahora la gesta independentista no ha pasado, en su conmemoración, de los discursos aburridos y de las frases encomiásticas de cajón, es porque la realidad salvadoreña estaba en flagrante desacuerdo con el ideario de los próceres y con el sentido libertario de aquel movimiento que comenzó en 1811 y culminó en 1823".

Cabe recordar que durante buena parte del siglo XX, la celebración sirvió a los distintos gobiernos militares para legitimarse a partir de la proclamación de un nacionalismo trasnochado, que les permitía presentarse como los herederos del movimiento del 15 de septiembre de 1821. Durante la década pasada, en el marco de la guerra civil, los gobiernos de la democracia cristiana y ARENA agregaron la lucha contrainsurgente a la celebración del 15 de septiembre, lo cual suponía hacer de la misma, a la vez que una plataforma de rechazo al FMLN, una muestra del respaldo de la población al proyecto gubernamental.

Por su parte, la izquierda restaba valor no sólo al proceso independentista, sino también a las celebraciones propiciadas y convocadas por el gobierno. El rechazo era doble. En primer lugar, porque el movimiento del 15 de septiembre había sido un fraude. En efecto, las élites criollas fueron las únicas que se beneficiaron de él y, además, sólo hubo independencia política, pero no económica. Esta, por cierto, llegaría con el triunfo revolucionario, que haría posible la verdadera y definitiva independencia. En segundo lugar,



porque los gobiernos de turno se empeñaban en celebrar esa falsa independencia, lo cual no sólo les permitía proclamar públicamente su nacionalismo y su anticomunismo, sino que también les permitía combatir ideológicamente a quienes sí luchaban por la verdadera independencia.

Ahora que la guerra ha terminado y que el FMLN se ha incorporado formalmente al sistema político vigente en el país, la celebración de un aniversario más de la independencia de España ya no puede tener los tintes anticomunistas y contrainsurgentes que la caracterizaron durante la década pasada. Asimismo, cabe decir que ahora que los militares ya no gozan del poder casi absoluto del que gozaron en tiempos no tan lejanos, la celebración no puede tener los tintes nacionalistas que la caracterizaron en el pasado. Por supuesto que los militares —si no todos, sí grupos y sectores castrenses con poder e influencias— no están del todo satisfechos con el nuevo rol que se les ha asignado en los procesos de democratización de la región centroamericana y esperan la

oportunidad para irrumpir políticamente como antaño. Pero en la actualidad existen tendencias estructurales al interior de las sociedades centroamericanas —al igual que existe lo que se conoce como “globalización”— que ponen límites a las pretensiones castrenses de recuperar el poder detentado en el pasado.

En resumen, como afirmó el Vice-rector de Proyección Social de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, Rodolfo Cardenal: “no podemos seguir celebrando la independencia como hace veinte, diez o cinco años, porque el país ha cambiado, y ninguno de los cambios que ha sufrido se ve reflejado en la celebración de la independencia”.

Hay que dar, pues, un nuevo sentido a la celebración del aniversario de la independencia. La sociedad salvadoreña está necesitando de un *ethos cívico*. La conmemoración de hechos históricos como la gesta de la independencia —con todo y lo limitado que pudo haber sido, dadas las aspiraciones y los intereses de los criollos que la impulsaron— puede contribuir a nutrir la formación de ese *ethos*. Evidentemente, no se trata de ser anacrónicos y de hacer memoria del 15 de septiembre de 1821 para añorar o intentar recuperar un pasado que ya no puede ser, o para exigir de España una retribución por los males que pudo haber traído la conquista y la colonización. Más bien, se trata de intentar comprender El Salvador actual, volviendo a las raíces históricas que lo fueron configurando, para ver si desde esas raíces nos entendemos mejor y entendemos qué es lo que podemos y queremos llegar a ser como nación.

Qué duda cabe que el problema de la identidad nacional de los salvadoreños es ahora más acuciante que nunca. Nuestra sociedad espera la llegada del siglo XXI inmersa en una crisis de valores para la cual no se vislumbran soluciones claras. Aunado a ello, está el aún irresuelto problema de la nación que, al contrario de lo que piensan muchos de los defensores más fervientes de la globalización y el neoliberalismo, no se resuelve con la presunta “difuminación” de la nación y los estados a que conduce el mercado global, sino que adquiere mayor complejidad, en cuanto que las naciones y los estados no

desaparecen, sino que sufren —están sufriendo— procesos de reestructuración sin precedentes.

Por lo demás, la identidad nacional sólo es posible ahí donde existe un sentido de pertenencia a una comunidad imaginada e imaginaria que está por encima de —y es más importante que— los intereses particulares o los intereses de clase. Precisamente ese sentido de pertenencia es el que hay que construir en nuestro país, porque, en caso contrario, muchos de los logros obtenidos hasta ahora como resultado de los acuerdos de paz no tendrán el asidero socio-cultural necesario.

Como están las cosas en nuestro país, si algo importante pueden evocar —y debieran evocar— las celebraciones del 15 de septiembre es un nuevo y necesario nacionalismo, es decir, una conciencia de pertenencia a una patria y a una historia, cuya construcción, para mejor o para peor, es responsabilidad de todos los que en ella vivimos. La construcción de la nación salvadoreña es una tarea aún pendiente: si la mayor parte de los salvadoreños cayéramos en la cuenta de ello durante las celebraciones de la independencia, éstas comenzarían a adquirir un nuevo sentido.

L. A. G.

